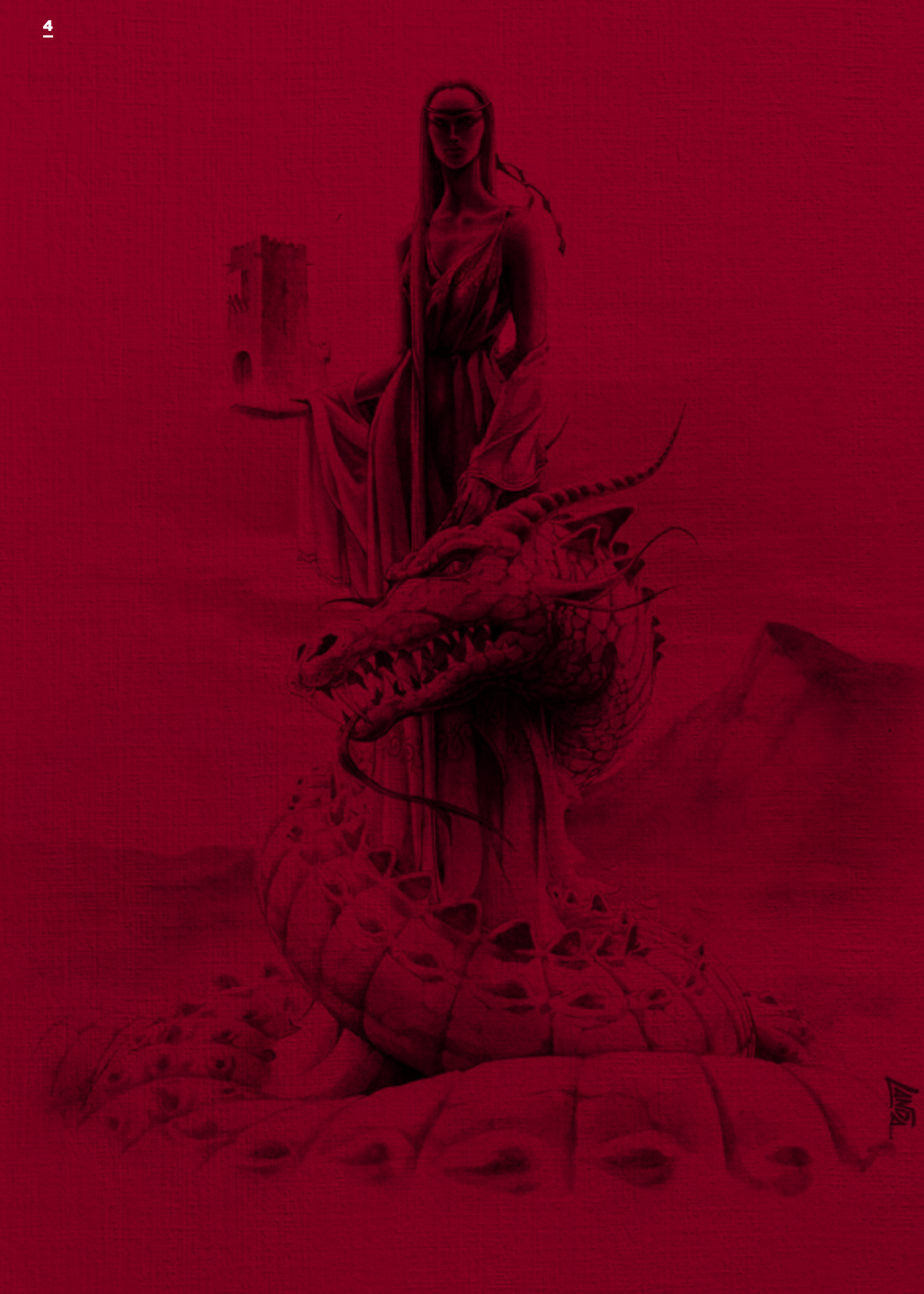

Amari

Por las montañas de la Diosa Madre

Acompáñanos en este recorrido por el país de una de las pocas reminiscencias vivas, por no decir la única, de la Diosa Madre europea, que representa los cuatro elementos de la naturaleza: Tierra, Aire, Agua y Fuego. De ella dependen la vida y la muerte, las cosechas, la suerte y la desgracia, y está relacionada con los cultos de fertilidad.

Amari y su compañero Sugaar, el Culebro que habita la cueva de Baltzola, en Dima, se unen los viernes de tormenta y tienen dos hijos: Atarrabi y Mikelats, el Bien y el Mal.

Durangaldea es una comarca rica en memorias evocadoras de la creencia en Amari, "la que es madre". El **Anboto**, en un extremo del **Parque Natural de Urkiola**, es la montaña sagrada por antonomasia. Allí, a 1.150 m. de altitud se encuentra *Mariren Kobia*, la más famosa de las siete moradas de **Amari**, aunque la subida es difícil, solo accesible para personas expertas. Pero no hace falta llegar hasta la cueva para disfrutar de un territorio tan hermoso como repleto de leyendas, historia y tradiciones. **Durango**, antiguamente llamada Tabira, fue un punto importante en la ruta que unía la meseta castellana y los puertos de la costa, y ha conservado su estructura medieval. Es una localidad fabril activa, y en ella se celebra todos los años, en Diciembre, la mayor feria cultural de Euskadi.

Al ser oral la transmisión vasca de las creencias, la llegada del cristianismo introdujo en nuestra cultura elementos cristianos, y la Diosa Madre adquirió entonces un aspecto más humano. De ahí la siguiente leyenda:

Cresterío del Anboto. Próxima a la cima tiene Amari una de sus moradas.

Partiendo del santuario de Urkiola alcanzamos las campas de Asuntza, justo debajo de Anboto. Muy cerca, se encuentra la fuente de Pol-pol.

Paisaje nevado en el Parque Natural de Urkiola.

Don Diego López de Haro, Señor de Bizkaia, cazaba en las estribaciones del Anboto y escuchó una voz femenina que cantaba en lo alto de una peña. La voz era tan bella que el caballero sintió unos deseos enormes de conocer a su dueña, y se separó del grupo de cazadores para ir en su búsqueda. Nunca había visto una mujer tan hermosa, alta y esbelta, de piel blanca, ojos negros y unos cabellos dorados que casi rozaban el suelo. Era tal su esplendor que Don Diego le pidió que se casara con él. La dama aceptó a condición de que nunca hiciera la señal de la cruz en su presencia a lo cual él aceptó, y tuvieron un hijo, Iñigo Gerra, y una hija, Mariurrika.

Transcurrió el tiempo y la felicidad reinaba en el hogar del Señor de Bizkaia, hasta que un día éste volvió de la caza con un enorme jabalí. A punto estaba la familia de empezar a comer cuando los dos perros de la casa ladraron pidiendo parte del banquete. Uno, era un gran perro alano, muy fiero, y la otra, una perrita de aguas, mucho más pequeña. El señor les lanzó una pata y ambos animales se abalanzaron sobre ella. Ante el asombro de la familia, la perrita mató al alano y escapó llevándose la jugosa pata. Don Diego no pudo reprimirse e hizo la señal de la cruz, al tiempo que exclamaba:

-¡Jesús, María y José! ¡Nunca había visto algo parecido!

En aquel mismo instante, Amari asió a su hija Mariurrika por la mano, y ambas salieron volando por una de las ventanas de la torre.

Tras disfrutar del hermoso valle de **Atxondo**, vamos ahora a dirigirnos hacia el alto de **Urkiola**, donde, quizás para exorcizar la cercana presencia de la Diosa, se construyó el **Santuario de los Santos Antonios Abad y de Padua**, lugar donde las madres ofrecen sus criaturas a San Antonio después de pasar la noche en el santuario, o donde las personas solteras dan varias vueltas a la roca que hay a la entrada a fin de encontrar pareja. Y si alguien tiene dolor de muelas, puede acercarse a la **ermita de Santa Apolonia** y beber agua del manantial que, según dicen, cura los males de la boca.

Después, descenderemos hacia Otxandio y de aquí nos dirigiremos al bonito pueblo de **Zeanuri** a través del Puerto de Barazar hasta llegar al **Parque Natural de Gorbeia**.

También aquí, en la cueva de **Supelegor**, tiene Amari una morada. No existe el cielo ni el infierno en la religión pagana vasca, pero la Diosa castiga la desobediencia, la violación de la propiedad y la negación, es decir no creer en ella o decir que no se posee lo que sí se tiene. Aunque también premia a quien la invoca en momentos de peligro, sirve de oráculo y atiende a quienes la consultan.

Santuario de Urkiola.

Las espesas nubes no llegan a cubrir la cima de Gorbeia (1.482 m).

Eguzkilorea

Hace miles y miles de años, cuando los seres humanos comenzaron a poblar la Tierra, no existían ni el Sol ni la Luna. Hombres y mujeres vivían en constante oscuridad, asustados por los numerosos genios que emergían de las entrañas de la Tierra en forma de toros de fuego, caballos voladores o enormes dragones. Los seres humanos, desesperados, decidieron pedir ayuda a Ama Lur.

Y la Diosa creó la Madre Luna.

Al igual que ellos, los genios de la oscuridad se habían atemorizado al ver aquel objeto luminoso en el cielo, pero también se acostumbraron, y no tardaron en salir de las simas. Los seres humanos acudieron una vez más a Ama Lur.

Y la Diosa creó la Madre Sol.

Era tan grande, luminosa y caliente que los seres humanos tuvieron que acostumbrarse a ella poco a poco, pero su gozo fue muy grande porque gracias a su calor y a su luz crecieron las plantas y los árboles. Los genios de la oscuridad no pudieron acostumbrarse a la gran claridad del día, pero continuaron saliendo de noche. Y de nuevo acudieron los seres humanos en busca de ayuda.

Y Ama Lur creó la flor del sol, Eguzkilorea, que hasta nuestros días defiende las casas de los malos espíritus, los brujos, las lamias, los genios de la enfermedad, la tempestad y el rayo.

Sigamos nuestra ruta por el País de la Diosa-Madre. En el **Parque Natural de Aizkorri-Aratz**, región repleta de monumentos megalíticos que testimonian la presencia humana desde tiempos prehistóricos, se encuentra otra de las moradas sagradas, donde se dice que si alguien llama tres veces a la Dama de **Aketegi**, ésta se colocará sobre su cabeza. Quizás para compensar la arraigada creencia en la Diosa, se construyó el **Santuario de Arantzazu**.

Santuario de Arantzazu.

La Dama de Aketegi

Un pastor se acercó un día a la boca de la espantosa cueva que se abre en la parte oriental de la cresta de Aketegi. Había oído que Amari habitaba aquella oscura caverna y que sólo se dejaba ver cuando salía a la entrada a peinar su hermosa cabellera, o cuando convertida en fuego atravesaba los cielos. Dirigió tímidamente su mirada hacia el interior de la cueva y asombrado y estremecido, vio que dos niñas bailaban dentro y se alejó de allí con mucho miedo. Hacía un tiempo espléndido, mas no tardó en desencadenarse una de las más furiosas tormentas que se han conocido en estos contornos. Con su mirada el pastor había violado la morada de la Diosa, y por eso ella lanzó la tormenta como castigo.

Montañero observando el cresterío de Aizkorri.

Txindoki o Larrunari (1.346 m).

Vayamos ahora al **Parque Natural de la Sierra de Aralar,** lugar mítico que comparten Gipuzkoa y Nafarroa, repleto de leyendas y tradiciones ancestrales que hoy en día aún se conservan. Dólmenes, túmulos, crómleches y menhires repartidos por toda la sierra testimonian la presencia humana desde hace miles de años, en especial pastores que continúan llevando a sus ovejas latxas a pacer a las faldas de la montaña más emblemática de la región, **Txindoki**, cuyo verdadero nombre es Larrunarri, conocida también como Ñañarri. Allí, en su afilado pico, la Diosa Amari tiene una de sus moradas. Bajo el aspecto de una hermosa dama o envuelta en llamas, en forma de hoz de fuego, media luna, novillo, cuervo o caballo, Amari es la protagonista de múltiples y hermosas leyendas en los pueblos de **Tolosaldea** y de **Goierri**. Se sabe que la Dama está en su casa por la nube que oculta la cumbre de la montaña en la que se halla y donde cocina e hila. En ocasiones recoge a una joven y le enseña a hilar en su mágica rueca del tiempo.

Mari de Txindoki

Hacía ya siete años desde la última vez que Amari había estado en el monte Txindoki, lugar donde poseía una hermosa morada que nadie había visitado, pero de la cual todo el mundo hablaba. Según los rumores, el interior de la cueva estaba recubierto de oro, y los muebles eran también de oro. La llegada de la Dama no pasó desapercibida porque se vio a un caballo volador envuelto en llamas cruzar el cielo, y a continuación comenzó a llover como no lo había hecho en muchos años. Llovió durante varias semanas, pero, por fin un día, amaneció despejado; únicamente la cumbre del monte se hallaba envuelta en nubes blancas como retazos de gasa enganchados a las rocas, lo cual significaba que la Dama había encendido su horno.

Una mañana, una pastora llevó el rebaño de su amo a pacer a las faldas del monte. Al atardecer, comenzó a reunir las ovejas, pero al contarlas, se dio cuenta de que le faltaba una. Miró hacia los peñascos, arriba del monte. ¿Y si el animal había trepado hacia la cima? Atemorizada, inició la ascensión. Mil veces había oído decir que era mejor no intentar subir al Txindoki mientras la Dama Mari estuviera en su casa; mil veces había oído contar cosas terribles sobre personas desaparecidas. Encontró a la oveja al retirar unas matas, cerca de la cumbre; se hallaba a la entrada de una cueva, tumbada a los pies de una hermosa señora que hilaba en una rueca de oro.

-Necesito que alguien me ayude con mi labor -le dijo la Dama-. Serás bien recompensada si te quedas conmigo, y algún día podrás tener tu propio rebaño.

La pastora aceptó; aprendió a hilar, a hacer pan, a diferenciar las propiedades maravillosas de las plantas, a conocer el lenguaje de los animales y muchas cosas más. Al cabo de siete años, Amari se despidió de ella y le entregó un gran pedazo de carbón; después, desapareció como había llegado, envuelta en llamas. Al salir de la cueva, la joven descubrió que el pedazo de carbón se había convertido en oro y bajó corriendo al pueblo, donde hacía tiempo que la daban por desaparecida. Contó lo que le había ocurrido y con el oro se compró una casa y un hermoso rebaño de ovejas.